

centro se formó una nube resplandeciente y en ella se reunieron todos los rayos formando como una tienda de campaña, ancha por la base y mas estrecha hacía arriba, hasta juntarse en una punta á manera de cucurucho. En medio de los rayos había nubes que brillaban como relámpagos. Estas señales nos anunciaban alguna plaga que el cielo nos iba á enviar.

»Cediendo á la presion de una embajada del emperador, que reclamaba el oro que habia dado el año anterior (1), envió el rey Chilberto su hueste á Italia, porque corrió tambien la voz de que Ingunta, hermana de Chilberto, habia sido conducida á Constantinopla (2); pero á consecuencia de las disputas que se originaron entre los caudillos, regresaron con su gente sin haber alcanzado nada (3).

»El jefe Vintrio (4) fué expulsado por los francos del distrito de su mando, y le habrian muerto si no se hubiese salvado apelando á la fuga; mas luego se calmaron y él volvió á entrar en su mando.

»Nicecio solicitó, por consejo de Eulalio, que habia sido destituido del gobierno de Clermont-Ferrand, el mando de la fuerza armada de este distrito, haciendo con este fin al rey inmensos regalos; y así fué nombrado jefe de las fuerzas de Clermont, Rhodéz y Uzés. Era todavía muy joven, pero inteligente, y pacificó el territorio de Clermont y las demás poblaciones de su mando (5).

»Childerico, el sajón, habiendo caído en desgracia del rey Gontran por el mismo motivo que hizo buscar á otros el asilo sagrado (6), huyó á la basílica de San Martín (de Tours) dejando á su mujer en el reino de Gontran. Este habia prohibido severamente á la mujer que fuera á ver á su esposo mientras no hubiese alcanzado el perdón. Nosotros, sin embargo (Gregorio, se entiende), enviamos repetidas veces mensajeros al rey, y al fin alcanzamos que le fuese restituida su esposa y que pudiesen vivir á este lado del Loira, bajo la condicion que no se atreviese á pasar á los dominios de Chilberto. Esto habria sido robar á Gontran un súbdito, y mas, un germano libre, un guerrero que disponia de siervos que podia llevar consigo en las expediciones. Estos hombres empezaban ya á disminuir, y como sobre su auxilio armado se basaba la fuerza de los reyes y la conservacion de su dominio, desde entonces en sus tratados y pactos se prometieron solemnemente no quitarse uno al otro estos ni otros individuos, aunque no cumplieron estas promesas cuando les pareció bien.

»No obstante, cuando este sajón hubo recuperado á su mujer pasó sigilosamente al reino de Chilberto, el cual le nombró jefe de las fuerzas de las ciudades que al otro lado del Garon estaban bajo su dominio, y allí se trasladó Chilperico.

»El rey Gontran, queriendo gobernar personal y directamente el reino de su sobrino Clotario, hijo de Chilperico (7),

(1) Los 50,000 sólidos con los cuales habia alquilado la hueste de los francos austrasianos, conforme se dijo en otro lugar, para destruir el poder de los longobardos.

(2) En rehenes. Ingunta estaba casada con Hermenegildo, el príncipe visigodo rebelde. Desde principios del año 584 volvian los longobardos á tener un jefe único despues de diez ó doce años de division en tribus con jefes independientes. El nuevo jefe general era Antaris, hijo de Clefo.

(3) Segun Paulo Diácono eran disensiones entre los francos y alemanes.

(4) O Quintrio, segun Fredegaró; era jefe de la fuerza armada de la Champaña.

(5) Fué despues gobernador general de la Provenza reinando allí Chilberto.

(6) Habia estado complicado en el levantamiento del pretendiente Gundobaldo.

(7) No queria que gobernasen estos dominios los grandes y displicentes francos ni Fredegunda, la madre de este hijo póstumo de Chilperico.

nombró á Teodulfo gobernador de Angers, el cual fué instalado en la ciudad pero expulsado vergonzosamente por los vecinos (francos), especialmente por Domigiselo.

»Ya sabemos que los francos libres y mas los poderosos aprovechaban todas las coyunturas favorables, como era la menor edad de un rey, para volver á su respectiva independencia.

»Teodulfo regresó cerca del rey, que le dió una nueva credencial, le hizo instalar por Sigulfo, el jefe militar, y desde entonces gobernó la ciudad y su territorio. Gundobaldo fué nombrado gobernador de Meaux, en lugar de Verpino; pero al tomar posesion de su mando, recorriendo solemnemente los límites del territorio, fué muerto por Verpino en una hacienda. Sus parientes cayeron entonces sobre Verpino, le encerraron en la sala de las siervas y allí le degollaron. Así perdieron ambos el gobierno y la vida.

»El abad Daulfo habia sido encausado repetidas veces por sus crímenes, no solamente porque robaba y mataba, sino tambien porque cometia demasiados adulterios. Una vez tuvo deseos de la mujer de un vecino, y habiendo logrado satisfacerlos buscó ocasiones para matar al marido de la adúltera, que vivia en una hacienda del monasterio. Este hombre amenazó al fin al abad, diciendo que le costaria caro si volvía á ir á ver á su mujer. Una noche, hallándose fuera el marido, fué Daulfo con un clérigo á su casa, donde bebieron mucho y borrachos se echaron los dos en un mismo lecho; pero cuando estuvieron dormidos llegó el marido, el cual encendió un puñado de paja (8), levantó su espada de dos filos y mató á ambos. Sirva esta historia de aviso á todos los eclesiásticos para que no tengan relaciones con mujeres de otros contra lo que mandan los cánones y prohíben, además, las Sagradas Escrituras, exceptuando aquellas mujeres que no pueden acarrearles compromisos (9).

»Entretanto, llegó el día fijado para la apertura del sínodo; los obispos, acatando la órden del rey Gontran, se reunieron cerca de la ciudad de Macon el 23 de octubre del año 585. Destituyeron á Faustiano, consagrado obispo de Acqs por órden de Gundobaldo, y condenaron á Bertran, así como á Orestes y Paladio, que le habian consagrado, á proveer alternativamente á su manutención y á pasarle anualmente cien áureos. Nicecio, el ex-laico, que habia logrado el nombramiento del rey Chilperico, fué instalado en el obispado. El obispo Ursicino, de Cahors, que confesó públicamente haber admitido á Gundobaldo, fué expulsado de la comunión de la Iglesia y sentenciado á hacer penitencia tres años, á no cortarse el cabello ni la barba y á abstenerse de comer carne, beber vino, decir misa, ordenar sacerdotes, consagrar iglesias y dar el santo óleo y la comunión. Sin embargo, le dejaron la administracion de los bienes de la iglesia.

»En este sínodo un obispo sostuvo que no debia ser considerada la mujer como sér humano; pero se rindió á la razon cuando los demás obispos le observaron que el libro sagrado (de Moisés) del Antiguo Testamento dice al principio, al referir la creacion del hombre, que «Dios creó un hombre y una mujer y los llamó Adán, que quiere decir «hecho de barro,» de modo que llamó hombre á ambos.» Tambien le dijeron que Nuestro Señor Jesucristo es llamado Hijo del Hombre, siendo hijo de una mujer, es decir, de la Virgen; y así quedó zanjada la cuestion con muchos otros testimonios.»

Esta cuestion de si la mujer puede ser considerada sér hu-

(8) Para ver, pues, no habia entonces velas. Cuando se trabajaba de noche se hacía á la luz de una tea fijada al extremo de un palo, como se hace todavía en algunas partes de Francia y en muchas de Alemania.

(9) Esta excepcion se refiere segun las leyes de la Iglesia á las madres, hermanas é hijas de los clérigos.

mano, como el varon, ha sido suscitada y discutida muchas veces en diferentes países durante la Edad media, á pesar del culto de la Virgen, llevado hasta un grado extático, y á pesar tambien del culto del bello sexo, que inventó la caballería poética. Hay que buscar principalmente la causa de estas discusiones en la idea de que la mujer fué causa del pecado original, segun la Biblia, y, sobre todo, en la ignorancia de las ciencias naturales.

»El obispo Pretextato, de Ruan, leyó á los obispos los sermones (discursos) que habia compuesto en el destierro. A algunos gustaron; otros los criticaron porque su autor no habia seguido las reglas del arte, si bien el estilo era en muchas partes correcto y nada dejaban que desear bajo el punto de vista de la Iglesia. Hubo tambien entonces mucho derramamiento de sangre entre los asistentes (fámulos) del obispo Prisco (de Lyon) y el jefe de la fuerza armada Leudigiselo, y el obispo compró la paz á fuerza de mucho dinero.

»En aquellos días cayó gravemente enfermo el rey Gontran y muchos temieron que no saldría de su enfermedad. Esto creo yo habria llegado á ser el castigo de Dios, pues que el rey se habia propuesto proscribir á muchos obispos; pero así pudo regresar el obispo Teodoro á su ciudad, donde el pueblo, que le amaba mucho, le recibió glorificándole.»

Esto quiere decir que el rey habria muerto de la enfermedad si no hubiese renunciado á sus propósitos contra Teodoro y los demás obispos á quienes pensaba desterrar.

»Mientras se celebraba este sínodo, reunióse el rey Chilberto con sus francos en la hacienda de Belsonancum (1), situada en las Ardenas. En esta asamblea se quejó la reina Brunequilda de que su hija Inguntis continuara detenida en Africa, pero encontró poco consuelo. Presentóse despues una queja contra Gontran Boso. Una parienta de su mujer habia muerto, sin dejar hijos, pocos dias antes y habia sido sepultada con joyas de gran valor y mucho oro en una basílica de la ciudad de Metz. Pocos dias despues se celebró la fiesta de San Remigio, que cae en el primer día del octavo mes (octubre), y salió mucha gente de la ciudad con el obispo, así como los vecinos mas principales (francos) con el jefe de la fuerza armada (2). Entonces llegaron los mozos de Gontran Boso, penetraron en la basílica donde estaba enterrada aquella mujer, cerraron tras sí las puertas, abrieron el sepulcro y tomaron todas las joyas que encontraron en el cadáver. Los monjes, que notaron lo que pasaba, acudieron, pero no se les dejó entrar, y entonces enviaron recado al obispo y al jefe militar; mas entretanto, los mozos de Gontran Boso tomaron los objetos que habian ido á buscar, montaron á caballo y huyeron. Despues, temiendo ser alcanzados y castigados, volvieron atrás, dejaron aquellos objetos sobre el altar y se quedaron en el asilo sagrado, diciendo que habian sido enviados por Gontran Boso. Sobre esto fué, pues, interrogado éste último en la asamblea del rey y de sus francos mas notables; pero no sabiendo Gontran qué contestar, evadióse sigilosamente, y le fué quitado todo cuanto el rey le habia cedido del fisco en la Auvernia, teniendo que dejar tambien vergonzosamente otros bienes de que habia despojado á mucha gente contra toda ley.

»En este año murió el obispo Laban de Eause, al cual sucedió un laico, llamado Desiderio, á pesar de que el rey habia jurado que jamás volveria á ceder obispados á laicos. Pero ¿á cuánta no impulsa al corazon humano la vergonzosa sed de oro?»

De lo que precede resulta que hasta el rey Gontran, hom-

(1) Beslingen, en el gran ducado de Luxemburgo, segun Lognon. Otros suponen que fué á Bulzon, canton de Raucourt, distrito de Sedan.

(2) Porque la iglesia de San Remigio estaba extramuros.

bre bondadoso, buen hijo de la Iglesia y aun en olor de santidad y de virtud milagrosa, concedía obispados á laicos por simonía.

»De regreso del sínodo, cayó Bertran (3) enfermo de una fiebre y llamó á su lado al diácono Valdo (4), que en el bautismo habia recibido el nombre de Bertran, al cual encargó que le representara en todas las funciones episcopales y le nombró su ejecutor testamentario á fin de que cumplierse los legados que dejaba para bien de su alma (5). Hecho esto espiró. El diácono, con este encargo y con la aprobacion y eleccion de los vecinos principales, marchó, sin omitir regalos, á presentarse al rey (para que le confirmara en su cargo), pero no alcanzó nada; porque Gontran mandó consagrar obispo para la sede vacante á Gundegiselo, gobernador de Saintes, y así se cumplió.»

Este es otro laico nombrado obispo saltando por todos los grados prescritos por los cánones.

»Muchos clérigos de Saintes que habian presentado al sínodo, en connivencia con el obispo Bertran, una gran exposicion de datos desfavorables contra el obispo Paladio, para humillarle y avergonzarle, fueron despues de la muerte de Bertran reducidos á prision por Paladio, fustigados duramente y despojados de cuanto tenían.

»En este tiempo murió tambien Vandeleno, el encargado de educar físicamente y de velar por el rey Chilberto. No fué reemplazado porque la reina madre se encargó de cuidar en adelante de su hijo, y todo cuanto Vandeleno habia recibido del fisco, fué devuelto á éste. Tambien murió entonces cargado de años el jefe militar, pero nada se quitó á sus hijos de cuanto habia poseído el padre. La sede episcopal de Auch, que habia dejado vacante el obispo Fausto (6), fué cedida al sacerdote Saco, y en lugar del obispo de Albi, San Salvio, fué nombrado Desiderato (7).

»En este año hubo grandes aguaceros, y los rios crecieron tanto, que ocurrieron muchos naufragios; tambien salieron de madre é inundaron los sembrados y prados inmediatos dejándolos muy mal parados. Los meses de primavera y de verano fueron tan húmedos, que mas parecia invierno que verano. Dos islas en el mar fueron destruidas por el fuego del cielo, que las devoró durante siete dias con las personas y animales; los que se precipitaron al mar fueron consumidos tambien por el fuego, y con mas tormentos los que no murieron en seguida. Despues que todo hubo sido reducido á cenizas, quedó cubierto por el mar (8). Muchos creyeron que aquellos signos que vimos, segun referimos antes, en el octavo mes (octubre) en el cielo, que parecia arder, habian sido el reflejo de este incendio. En otra isla, inmediata á la ciudad de Vannes, habia una gran laguna llena de peces; pues bien, el agua de esta laguna en una vara de profundidad se convirtió en sangre, y una innumerable multitud de perros y aves estaban todo el día lamiendo aquella sangre y á la noche se retiraban hartos.

»A los de Tours y Poitiers se les dió por gobernador (*dux*) á Enodio. Berulfo, que habia sido antes jefe de estas ciudades, á causa de la administracion del tesoro de Sigeberto con su pariente Arnigisilo se hizo sospechoso de defraudacion; pero como aun estaba pretendiendo la jefatura que ha-

(3) El obispo de Burdeos.

(4) Probablemente un germano, sajón, que habia llegado á la Galia, donde fué cristianizado.

(5) Estos legados eran costumbre general en los testamentos, especialmente en los de los obispos.

(6) Asistió al 2.º concilio de Macon en el año 585. - Ruinart.

(7) Otros intercalan entre San Salvio, que murió en 584, y Desiderato (Desideratus), otro obispo llamado Teofrido. - Ruinart.

(8) Hay que suponer aquí un terremoto con una erupcion volcánica submarina.

bia tenido, el jefe Rauchingo le tendió un lazo, en el cual cayó con sus satélites. Los criados de Rauchingo entraron en su casa y se apoderaron de todo. De lo que encontraron parte era propiedad de ambos y parte procedía del tesoro de Sigeberto. Todo fué llevado al rey, y como el asunto se había hecho tan público que ambos estaban amenazados de la última pena, imploraron la mediación de los obispos y se les perdonó la vida siendo puestos en libertad; pero nada recordaron de lo que se les había quitado.»

Por este ejemplo se ve que, como en tiempo de los primitivos germanos, la justicia se extendía todavía inseparable de la confiscación de los bienes del culpable.

«El jefe Desiderio, en compañía de algunos obispos, del abad Aridio y de Antestio (1), se presentó en la corte del rey Gontran. Este aunque con repugnancia le recibió, cediendo á las súplicas de los obispos, y le admitió otra vez en su gracia.»

Vemos en este caso también al clero á la cabeza de la civilización y ejerciendo la caridad cristiana, no obstante su estrechísimo horizonte, pues no podía saber más de lo que el estado general de la cultura daba de sí; y esto obliga á perdonarle sus defectos, su ignorancia y aun sus inmoralidades, efecto de la época en que vivía.

«Entonces compareció también allí Eulalio (2) para quejarse de su mujer, que le había abandonado y se había ido á vivir con Desiderio; pero fué solo objeto de chacota y tuvo que callar. Desiderio recibió del rey muestras de munificencia y volvió á su puesto.

»Inguntis (ó Ingunda) había quedado abandonada por su esposo, en poder del ejército del emperador, y antes de ser presentada con su hijo pequeño á éste, murió en Africa donde fué sepultada (3). Su esposo Hermenegildo fué condenado á muerte por su padre Leovigildo, lo cual irritó tanto al rey Gontran que envió una hueste á España con orden de conquistar la Septimania (4), situada dentro de los límites de la Galia, y despues ir avanzando.»

Es posible que el sentimiento de parentesco y la indignación hubiesen influido en el ánimo del rey Gontran, que no era insensible, al decidirse á emprender esta campaña; y por cierto contribuiría también á ello el proyectado casamiento de Recaredo con la hija de Fredegunda y del difunto Chilperico, casamiento que implicaba una unión política entre las dos cortes que forzosamente había de ser fatal para Gontran; pero el móvil principal fué la ambición de ensanchar sus dominios que animaba á todos los francos y en primera línea á los merovingios, siempre que veían una coyuntura favorable. A la sazón la ofrecían las disensiones y luchas interiores de los visigodos, y Gontran continuó esta empresa de conquista durante algunos años con gran tenacidad.

«Mientras se convocaba la fuerza armada, fué encontrada en manos de alguna gente rústica una cartita que fué enviada al rey para que la leyera. Estaba escrita, al parecer, de mano de Leovigildo y dirigida á Fredegunda suplicándola, que impidiera por medio de alguna combinación ingeniosa que la hueste de Gontran fuese á invadir el territorio visigodo, diciendo además: «Haced matar pronto á nuestros enemigos, á saber: Childebarto y su madre, y haced la paz con el rey Gontran á fuerza de regalos, y si no tuvieseis bastante dinero os lo enviaremos en secreto; de todos modos, haced lo que os pedimos. Cuando nos hayamos vengado de nuestros ene-

(1) Hombre distinguido de la corte de Gontran. — Gregorio, libro 9, cap. 31.

(2) Gobernador de Clermont-Ferrand. Acerca de su mujer Tetradia véase más adelante.

(3) Según Paulo Diácono lo fué en Sicilia.

(4) El Languedoc.

migos, haced todo el bien que podais al obispo Amelio (5) y á la señora Leuba, por cuya mediación nuestros enviados llegarán á vuestra presencia.» Esta Leuba era la suegra del jefe Bladasto.»

A juzgar por el tono con que refiere Gregorio la historia de esta carta, parece que la consideró una invención. Childebarto y su madre eran, si no enemigos del rey visigodo, por lo menos la causa, por su buena unión con Gontran, de que éste pudiera reunir sus huestes y dedicarlas á su campaña de conquista del territorio visigodo. No es admisible, según opinión de Ruinart, que Childebarto hubiese puesto también sobre las armas sus fuerzas, como indica Paulo Diácono, puesto que Gregorio solo habla del ejército de Gontran.

«La carta de que se trata fué comunicada no solamente á Gontran sino también á su sobrino Childebarto; mas esto no detuvo á Fredegunda para mandar forjar dos espadas cortas en cuyas hojas hizo grabar signos (mágicos), que llenó con veneno á fin de que matasen á las víctimas aunque el golpe no resultara por sí mortal. Entregó despues estas armas á dos clérigos con este encargo: «Tomad estos dos machetes é id tan aprisa como podais al rey Childebarto fingiéndolos mendigos, y cuando esteis arrojados á sus piés, como quien pide limosna, hundidle estas armas en los dos costados, á fin de que Brunequilda, que en él funda su arrogancia, caiga con su hijo y venga á estar sometida á mí. Si el joven (Childebarto) estuviera tan bien guardado que no pudieseis llegar hasta su persona, matad por lo menos á su madre mi enemiga. La recompensa vuestra será que si morís en esta empresa colmaré de bienes á vuestras familias, las haré ricas y las elevaré á los primeros puestos de mi reino. Entretanto, abandonad todo temor y no penseis en la muerte, pues ya sabeis que es destino que toca á todo el mundo. Armaos de valor y acordados de cuántos hombres perecen en las luchas, pero que con esto mismo han ennoblecido á sus familias, que por sus riquezas é importancia oscurecen á todas las demás.» Al oír hablar así los clérigos á la mujer empezaron á temblar y dijeron que era muy difícil cumplir tamaño encargo; pero Fredegunda, al verlos vacilar, los hechizó con una bebida y les enseñó el camino por donde debían pasar, y al momento cobraron ánimo y le prometieron realizar todas sus órdenes. Ella les dió, no obstante, una pequeña vasija con la misma bebida y les dijo: «El día en que hayais de hacer lo que os he encargado, bebed esto por la mañana, antes de poner manos á la obra, y cobraris un ánimo terrible para hacerlo.» Despues de haberlos bien instruido los dejó ir. Ellos se pusieron en camino y llegaron á la ciudad de Soissons, donde les prendió el jefe Rocoleno, y sometidos á la tortura confesaron todo y fueron encerrados en un calabozo.

»A los pocos días Fredegunda, convencida ya de que estaban ejecutadas sus órdenes, envió un criado para ver si oía voces en el pueblo acerca del asesinato de Childebarto. El criado llegó á Soissons, donde supo la prisión de aquellos dos y se dirigió con disimulo á su encierro; pero apenas hubo empezado á hablar con ellos, fué preso también y encerrado en el calabozo. Los tres fueron enviados al rey Childebarto y al ser interrogados lo descubrieron todo, declarando que habían sido enviados para matarle. «Hemos recibido, — dijeron, — orden de la reina de fingirnos pobres, y cuando estuviésemos á tus piés pidiendo una limosna, atravesarte con estas espadas envenenadas para que la herida de todos modos fuese mortal.» Con esto se les dieron muchos tormentos, se les cortaron las manos, orejas y narices, y finalmente se les dió muerte, á cada uno de diferente manera.»

(5) Era obispo de Tarbes, ciudad de Septimania, y asistió al 2.º concilio de Macon.

Todo esto escribió Gregorio, como coetáneo, en vida de Fredegunda, que no murió hasta catorce años despues, por manera que bien podemos creerle sobre su palabra y admitir el retrato que traza de mano maestra de aquella mujer franca, infernal, de su creencia y conocimiento en toda clase de hechizos, de su astucia y habilidad para encontrar instrumentos de sus empresas satánicas, de su odio y envidia inextinguibles á Brunequilda y de su impaciencia bestial de fiera.

«El rey Gontran reunió, pues, su hueste contra España y dijo á los guerreros: «Primero someted á nuestro dominio la Septimania que confina con la Galia, porque es una vergüenza que el territorio de estos godos abominables se extienda hasta dentro de la Galia.»

Lo de abominables se refería á la herejía de los visigodos, que eran arrianos. La Septimania constituía la provincia Narbonense de la Iglesia y comprendía además de la metrópoli Narbona las diócesis de Beziers, Nimes, Agde, Lodeve, Maguelonne, Carcasona y Elue. Los francos quitaron á los visigodos en esta campaña Lodeve, pero éstos la recuperaron á últimos del siglo y conservaron toda la Septimania hasta el año 711. Por eso Gregorio en su obra llama frecuentemente Gotia, Gótica y hasta España (Hispania) á la Septimania y no la considera como parte de la Galia.

«Convocó, pues, el rey Gontran la fuerza armada de todos sus dominios (1). Los pueblos del otro lado del Saona, del Ródano y del Sena formaron una hueste con los borgoñones (2) y saquearon terriblemente las comarcas ribereñas del Saona y del Ródano, es decir, su propio país, apoderándose de los frutos y del ganado, pasándolo todo á sangre y fuego, sin perdonar á las iglesias, en las que nada dejaron, ni al clero, al cual degollaron, pereciendo de esta suerte obispos, clérigos y otras personas hasta al pié de los altares consagrados á Dios. Así llegaron hasta Nimes. Lo mismo hicieron los hombres de Bourges, Saintes, Perigueux, Angulema y demás ciudades (y sus respectivos territorios) que formaban entonces parte del reino de Gontran, y llegaron de esta manera hasta Carcasona.»

Nótese bien que estos guerreros eran ya desde larga fecha cristianos católicos y no eran exclusivamente germanos, sino que entre ellos había también gente galo-romana.

«Cuando llegaron á esta ciudad los habitantes les abrieron voluntariamente las puertas y los soldados entraron en ella sin resistencia, pero la volvieron á abandonar á consecuencia de pendeencias que tuvieron con los de la ciudad por motivos que ignoro. Entonces perdió la vida Terenciolo, gobernador de Limoges, que murió aplastado por una piedra que los de adentro le arrojaron desde la muralla; despues le cortaron la cabeza y la entraron en la ciudad. Esto aterrorizó á toda la hueste, que decidió volverse á sus casas abandonando todo lo que habían robado en el camino ó que se habían llevado ya de las casas. Los visigodos mataron luego á muchos haciéndoles emboscadas y los despojaron. Los que escaparon cayeron despues en manos de los habitantes del país de Tolosa, que se vengaron del mal que les habían hecho matándolos y quitándoles lo que llevaban. El resto llegó á su país con grandísimo trabajo.

»Los que atacaron la ciudad de Nimes devastaron todas las comarcas del país, quemaron las casas y los sembrados, cortaron los olivares, destruyeron las viñas, y despues no pudiendo nada contra la ciudad se dirigieron á otras ciudades.

(1) Valesio coloca esta campaña en el año 585, pero Ruinart con más razón la fija en el año 586.

(2) Es decir: los guerreros francos, borgoñones y demás germanos libres y probablemente también los naturales libres del país, todos con su gente armada, de la parte nordeste de los dominios de Gontran, formaron lo que diríamos un cuerpo de ejército.

Como éstas se hallaban igualmente bien pertrechadas y abundantemente provistas de todo lo necesario, no pudiendo tampoco entrar devastaron el país abierto. Entre los sitiadores de estas ciudades hallábase también con su hueste el jefe militar de la Auvernia, Nicecio, y no consiguiendo nada de las ciudades sitió un castillo (ciudadela), prometiendo á los de adentro seguridad de vidas y haciendas. Los crédulos le abrieron voluntariamente las puertas y le admitieron con su gente con intenciones pacíficas; pero apenas estuvo dentro faltó á su promesa y saqueó todas las provisiones é hizo prisionero á todo el mundo. Despues sus tropas resolvieron regresar á su país, y en el camino hicieron tantas atrocidades, matando, saqueando y destruyendo, que sería demasiado largo contarlos todos; pero como ellos mismos, según hemos dicho, habían quemado en la Provenza los sembrados, murieron muchos de hambre y de miseria, quedando sus cadáveres en los caminos; otros se ahogaron en los ríos y muchísimos fueron muertos en las pendeencias que tuvieron, contándose que perecieron por estas causas más de 5,000, y á pesar de esto no sirvió su muerte de escarmiento á los que sobrevivieron. Entonces fueron también despojadas de los objetos del culto las iglesias de la Auvernia situadas cerca de la carretera; en fin, no cesaron las iniquidades y horrores hasta que todos volvieron á estar en sus casas. Todo esto llenó de amargura el corazón del rey Gontran, de modo que los jefes de la hueste se refugiaron en la basílica de San Sinfiriano (3).

»Sobrado motivo había, por cierto, para que el rey Gontran estuviese disgustado. Mucho tiempo hacía que si se exceptua la expedición de rapiña de Childebarto á Italia, con el pretexto de combatir contra los longobardos, expedición que tampoco dió otro resultado que la devastación sin guerrear de veras, los francos no habían emprendido una guerra extranjera; solo en devastaciones abominables interiores mostraron que no comprendían más ley que la fuerza bruta, ni otro temor que el que les inspiraban sus supersticiones, los milagros de los santos y los tormentos del infierno, y aun estos temores no acallaban su codicia y sus instintos sanguinarios y destructores cuando se presentaba la ocasión de satisfacerlos. Mejor impresión causa el reino visigodo, que según hemos visto, tenía sus ciudades bien fortificadas, pertrechadas, abundantemente provistas y vigorosamente defendidas.

»Cuando el rey llegó allí á la fiesta del santo (22 de agosto 585) fuéronle presentados (los refugiados) con la condición de ser sometidos á la próxima asamblea de justicia. Cuatro días despues (26 de agosto de 586) reunió el rey á los obispos y laicos de distinguida cuna, y ante ellos expuso la conducta de los caudillos y dijo: «¿Cómo podemos alcanzar victorias en estos tiempos que corren si no observamos lo que nuestros mayores observaron? Ellos construyeron iglesias y ponían todas sus esperanzas en Dios, ellos veneraron á los mártires y respetaron á los obispos; así fueron victoriosos, y con su espada y escudo y el auxilio de Dios sometieron muchos pueblos enemigos; pero nosotros, no solamente no tememos á Dios, sino que devastamos sus santuarios, matamos á sus servidores, y hasta las reliquias de los santos son objeto de escarnio y destrucción para nosotros. Cuando tales cosas se hacen, no pueden ganarse victorias, y por esto no tienen fuerza nuestras manos; las espadas están embotadas y hasta los escudos no nos protegen ya como en otros tiempos. Si la culpa de esto es mía, que caiga el castigo sobre mi cabeza; pero si es de vosotros, porque no haceis caso de las órdenes del rey y no cumplís lo que mando, entonces caiga la cuchilla sobre vuestra cabeza, porque será una lec-

(3) Cerca de Clermont-Ferrand.